

CAPITULO XXXIII

CONVOYES

Era el 20 de Junio de 1812. Las calles de Plateros, lo mismo que todas las de la carrera por donde se esperaba que debieran pasar las tropas con el convoy, que venian vencedoras del Bajío, estaban sumamente concurridas y en el expendio principal de tabacos frente al convento de San Francisco, estaban tambien reunidos los contertulianos de costumbre, lo mismo que otras personas, que con pretexto de comprar cigarros, se iban quedando, con la esperanza de poder ver desde allí el desfile de la division.

A eso de lss doce se empezó á notar mucho movimiento en la calle y á poco se oyeron las cornetas y los tambores de las tropas.

—Ya vienen, dijo uno de los que estaban en la puerta de la tabaqueria, empinándose sobre las pun-

tas de los piés: ya se ven como por la Alameda los lanceros que forman la descubierta.

—Esos son dragones del regimiento de la Corona, agregó otro.

—Sí, del mismo de que han salido tantos insurgentes, siguió diciendo un tercero.

—Vamos á ver, prorumpió el dueño de la tienda brincando el mostrador despues de dejarle el encargo de cuidar al dependiente: yo conozco á todos porque estuve en el ejército y voy á darles á ustedes los informes mas seguros.

En esos momentos ya el convoy, que ocupaba una gran extension con el cargamento de barras de plata y semillas, habia llegado á la esquina de la calle y la gente se habia aumentado en aquel punto dejando casi libre el frente de la tabaqueria.

—Desde luego puedo decir á ustedes, dijo el de la tienda luego que hubo dado un vistazo á la esquina, que los que vienen en la descubierta son lanceros de los Fieles de San Luis.

—¿Cómo de San Luis?

—Por supuesto. ¿No han observado los honores tan grandes que hacen al mariscal de campo, Sr. Calleja, que está saludándoles en aquel balcon?

Todos dirigieron la vista á un balcon que estaba efectivamente lleno de gente, en medió del cual se veia á Calleja brillante con todos sus entorchados. A ejemplo de los fieles de San Luis todos los demas siguieron presentando las armas.

El de la tienda siguió explicando y nosotros pode-

mos decir en resumen que los distintos piquetes de que se componía la division, apenas llegaban á unos ochocientos hombres que se veían muy aumentados con el gran número de cargas y acompañamiento de empleados y particulares que habían aprovechado aquella coyuntura para venirse resguardados de las partidas insurgentes.

El de la tienda había estado diciendo cada vez que se presentaba alguno al frente de los soldados:

—Ese que va ahí es García Conde, aquel otro es Uribe, el de mas allá es el capitán Ortega, etc., etc.

—Pero, ¿qué ha pasado con el capitán Iturbide?

A esta pregunta contestó un recién venido:

—Iturbide se quedó cuidando el Bajío.

—En realidad, si se ha reunido tanta gente es para verlo, dijo otro.

—Precisamente por eso no le ha traído García Conde, para no quedarse en segundo lugar.

—Si ha venido Iturbide de seguro que es victorioso.

—Mucha gente del pueblo estaba prevenida para aclamarlo.

—Ya lo creo, como que es el alma de esa fuerza y á quien se deben las victorias que ha conseguido el ejército en el Bajío.

—Si no ha sido por Iturbide vuelven bolas á García Conde.

—García Conde, aquí inter nos, y según la voz común, es un cobardon y un incapaz que no vale nada.

—Iturbide fué el que con astucia y valor logró dar

caza y coger en sus escondrijos al terrible Albino García.

—Si no lo coge Iturbide, no lo coge nadie.

—Si no fuera por Iturbide todavía andaría dando guerra el tal Albino, que según dicen, tenía siete diablos metidos en el cuerpo.

—Pero Iturbide se los sacó con una sola rociada de pólvora, por no tener á la mano agua bendita.

—En resumidas cuentas, Iturbide y Negrete han sido los dos gallos realistas que han acabado con la insurrección en Nueva Galicia y en el Bajío.

—Como que han logrado acabar con los pollos mas gordos de la revolucion: tanto Torres como Albino García se habían hecho los invencibles.

—Pero ahora donde se nombra á Don Agustín de Iturbide y á Don Pedro Celestino Negrete, no se para nadie.

—Estos no han dejado insurgentes á vida, ni les dejarán ya que levanten cabeza.

—El gobierno puede echase á dormir tranquilo, sin necesitar para nada de Calleja, dijo un partidario de Venegas.

—Eso según y conforme, contestó un callejista; si vuelve á levantarse Morelos.....

—Morelos? preguntó uno riéndose, ese cura está ya descuartizado y muerto.

—Sobre todo, después de las verdades que le ha dicho en unos impresos el obispo de Puebla.

—Los han visto ustedes?

—Los impresos? Yo no los he visto, pero hay

quien los vió y me aseguraron que Morelos está para arrepentirse y hacer penitencia, rendido ante el poder de su Ilustrísima.

—Pues si se rinde Morelos, que es el único entre los insurgentes que puede dar alguna guerra, si es que hay todavía quien le siga, después que entregó por mayor en Cuautla, dijo uno que parecía ser realista hasta los tacos, ya se puede dar la revolución por terminada.

En esto habían acabado de pasar las mulas y la calle empezó á despejarse, quedando solo en la tabaquería también, solamente cuatro de los contertulianos de mayor confianza.

—Ya que se han ido todos, dijo el de la tienda volviendo á ocupar su puesto detrás del mostrador, podemos seguir con la conversacion que teníamos..... Estaba usted diciendo Sr. de Perez.....

El que había sido llamado Sr. de Perez tomó un aire interesante, tosió y contestó así á la interpelacion:

—Estaba yo contando á ustedes cuando vino á interrumpirnos el convoy, que Calleja, á no haber duda, se ha puesto ya de acuerdo con los Guadalupe.

—¿Ustedes lo creen? preguntó un caballero calvo al tiempo que sorvía un polvo.

—No es cosa de ponerlo en duda, respondió el de Perez, lo sé de modo tan evidente como si lo estuviéramos viendo. Calleja fué llamado al lugar de las reuniones, en donde se encontró con muchos enmascarados y allí se le quiso hacer jurar que al tiempo mismo en que fuera conveniente saldría á ponerse al frente

de la insurreccion. Calleja arguyó que no podía comprometerse á eso sino á tirar del poder al virey Venegas para que subiera otro que arreglara buenas condiciones de paz. Pero entonces el gefe de los Guadalupe con voz de trueno le hizo presente que no era eso lo que habían ofrecido los que le garantizaban, porque los Cuadalupe lo principal que querían era la independencia; y entonces Calleja juró que ya fuera que él mismo subiera al poder ó no, se empeñaría en que una de las condiciones de paz fuera la independencia de las juntas de gobierno de España pero no de la monarquía, con cuya argucia pareció allanado todo.

—Entonces Calleja no está metido mas que á medias con los Guadalupe?

—Se conoce que estos quieren aprovechar el prestigio de Calleja, aprovechándose á la vez de la division que reina entre el general y el virey, siguiendo la máxima aquella de dividir para reinar; y á la vez Calleja, que no piensa mas que en tirar á Venegas, quiere sacar el partido que pueda de los Guadalupe, sabiendo que tienen dinero y muchas ramificaciones no solo aquí sino en la misma España. Los Guadalupe entonces trabajarán porque se nombre virey á Calleja y este al subir al poder proclamará en parte la independencia reconociéndole vasallaje á Fernando VII.

—Lo que es tan claro como ser de día, agregó el hombre calvo, es que el virey y Calleja llevan unas relaciones muy tirantes y hay veces en que les han

visto encontrarse sin que se hayan dirigido un saludo. Las reuniones siguen en el palacio de los Moncada y sabe Dios á dónde nos llevarán esas enemistades.

—Sin contar con que en dias pasados se encontró Calleja al viejo Bataller saliendo de la Catedral y porque no se detuvo á hacerle los honores por poco le da de bofetones.

—Lo que es el viejo Bataller está odiado de todo México como presidente que es de la Junta de Seguridad.

—Pues no saben ustedes la escapada que se dió el otro día?

—¿Cómo estuvo eso? porque todos los del gobierno han hecho mucha reserva del acontecimiento.

—Pues sucedió que habia condenado á muerte á un sastre, porque dizque se le encontró haciendo un traje para cierto insurgente que andaba con Morelos, lo averiguaron ya sea porque el sastre lo platicó ó porque alguno lo hubiera denunciado, el caso fué que Bataller se empeñó en que fuera condenado á muerte y entonces el hermano del preso se armó de un puñal y loco de furor se metió á la casa del magistrado, lo encontró escribiendo en su despacho y se lanzó sobre él para darle puñaladas en el momento mismo en que visto por unos criados, estos le detuvieron la mano, haciendo que el puñal quedara clavado sobre la mesa. Bataller se levantó temblando y estuvo quince dias en cama á consecuencias del susto. Y ahora dizque trae una cota de malla en el pecho y que van

cuidándole la espalda dos agentes de la misma seguridad.

—Tambien es cierto, dijo el de la tienda, que Bataller es un malvado de primera cuenta, que tiene una cabeza mas dura que una roca y que mientras mas viejo está se vuelve mas malo, jactándose de haber despachado él solo por resultado de sus acuerdos mas de trescientas víctimas.

—Por eso lo llaman todos los vireyes, porque para servir de verdugo no hay otro como ese oidor apergaminado.

—¿A que no saben ustedes lo que acaba de proponer en el real Consejo, que está para aprobarse, y que el virey mandará publicar por bando solemne?

—¿Qué, qué? preguntaron los otros acercándose mas al mostrador, pues era el dueño de la tienda el que daba la noticia.

—Pues una ley brutal contra los curas y los cabecillas insurgentes, con los siguientes mandamientos: son reos de la jurisdiccion militar todos los que hayan hecho ó en lo sucesivo hicieren resistencia de cualquiera clase á las tropas del rey. Los consejos ordinarios de guerra, cuando hubiere tiempo de formarlos, y cuando no, sin ese requisito, los gefes de fuerza ó destacamento, juzgarán y condenarán á los eclesiásticos que hubieren hecho ó llegaren á hacer armas contra el gobierno ó de cualquier modo diren auxilio á la revolucion, aunque sea con simples palabras ó proporcionándoles alojamiento. Se impone pena de muerte, ya sea que tengan tiempo de disponerse cris-

tianamente ó no, á todos los prisioneros del enemigo en cualquier número y de la clase que fueren y aunque no sean encontrados con las armas en la mano. Lo mismo se pasará por las armas á los simples capellanes que con sermones y escritos se inclinen al partido de la revolucion cuando no se hayan declarado con actos indudables partidarios del gobierno. Los que fueren cogidos como sospechosos, podrán ser diezmadados y en todos los casos se dejará á la discrecion del comandante tomar el partido que le parezca segun las circunstancias, sin sujecion á reglas, pues la única que puede darse es el deseo de concluir cuanto antes con la revolucion y con todos los revolucionarios y sus adictos.

Por mas que estuvieran en un lugar de confianza y que se la tuvieran unos á otros los que estaban presentes, no pudieron menos que ponerse descoloridos y verse como asombrados ante aquella monstruosidad que acababa de referirse, sin que se oyeran mas que estas palabras: ¡Jesus! ¡Virgen Santa! ¡horror! y otras por el estilo.

En efecto, el bando se publicó en esos ó parecidos términos el dia 25, produciendo en México si no escándalo, porque ya nadie podía escandalizarse ante semejantes enormidades, una gran sensacion en el público y especialmente en los eclesiásticos de inferior gerarquía.

El cabildo, presidido por el arzobispo, aprobó que se fusilara á sus compañeros sin previa degradacion, pero ciento diez individuos del clero secular hicieron

una representacion defendiendo la inmunidad clerical, y aunque fué muy respetuosa, se calificó de asonada y los pobres clérigos tuvieron ó que retractarse ó que salir de México como ratas por tirante. Entonces el oidor Bataller tuvo una de sus ocurrencias infernales; hacer otra peticion en que se agregó la cláusula con juramento de odio á Morelos y á la independencia, y debemos decir, en honra del clero bajo de aquella época, que ninguno quiso firmar tal ignominia.

Iturbide se habia quedado, pues, expedicionando en el Bajío y sobre todo haciendo viva persecucion á los individuos de la Junta, Rayon, Liceaga, Cos y Yarza que de cuando en cuando aparecian reunidos para coordinar sus operaciones. En uno de los últimos pomposos partes de Iturbide que sirvieron mucho á García Conde para animarse á salir de México con un gran convoy, le decia, despues de encargarle le diera al virey las gracias por haberlo nombrado teniente coronel, que ya todas las chusmas de insurgentes estaban destruidas, que se podia pasear un capitan con cuarenta dragones por todas partes y que ya no quedaba vagando por los montes mas que Liceaga con su Tayllerand. Al Dr. Cos daba mas pedante que sardónicamente este nombre.

Desde que saliera la Junta Suprema de Sultepec, habia ido escoltándola el coronel Rafael Fuentes, en el que á pesar de su juventud, tenian todos la mayor confianza por su lealtad, por su prudencia, por su valor y porque siempre tenia recursos á mano para salir de cualquier aprieto.

Se encontraban todos reunidos en una ranchería algo separada de los caminos reales y cubierta por una cordillera de serranías muy nutridas detras de Salamanca, cuando entró Rafael á la cabaña en donde trabajaban los de la Junta y les dijo:

—Ya volvieron mis exploradores y traen buenas noticias.

—Iturbide? preguntó Yarza, pues era este entre todos los enemigos realistas al que mas temian.

—Nos ha dejado en paz para irse á encontrar á Garcia Conde que salió de México con un gran convoy y viene en camino.

—¿Viene en camino para dónde? preguntó á su vez Liceaga.

—Para Lagos, en donde entregará el cargamento á las fuerzas que vendrán á recibirlo de Guadalajara y Zacatecas.

—Pero ¿cómo sabe usted todo eso, señor coronel? preguntó Cos.

—Por mis exploradores, que son muy escogidos entre los atrevidos é inteligentes, y como ademas les pago bien estoy regularmente servido.

—Y bien, exclamó Liceaga, es preciso aprovechar este respiro que nos da la ausencia de Iturbide para que hagamos alguna cosa.

—Ya he pensado en eso, exclamó Rafael, é iba á proponer un plan á sus señorías.

Se le dijo que lo expusiera y Fuentes lo expuso así con toda sencillez:

—Tengo á mis órdenes ciento cincuenta hombres

entre los que puedo escoger cien con buenas armas y mejor disciplina, dejando cincuenta para escolta de la Junta; con estos y con los de Salmeron y Cleto Camacho á quienes he mandado llamar con sus guerrillas, creo que podré reunir hasta quinientos hombres montados con los que intentaré dar un golpe al convoy.

Los ojos del Dr. Cos brillaron de júbilo y exclamó:

—Aunque no se dé golpe ninguno es preciso hacer ruido para que no nos crean acabados en el Bajío: ya me supongo lo que habrán dicho Iturbide y Garcia Conde en las Gacetas.

Y como se dijo se hizo: cuando venia Garcia Conde muy tranquilo llegando á Salvatierra con su gran convoy que ocupaba cuatro leguas, se vió repentinamente asaltado por una muchedumbre de guerrillas que le parecieron llegaban á miles y de tal modo se aturdió que de luego á luego dejó cortadas mas de seiscientas mulas. El combate se empeñó con furia teniendo muchos muertos y heridos los realistas, viéndose despues en grandes apuros para llegar á Lagos.

Cuando se serenó Garcia Conde dijo á Iturbide:

—¿Pues no me aseguraba usted que estaba esto limpio como la palma de la mano?

—Estos demonios salen de las piedras, señor brigadier.

Entre tanto Rafael Fuentes era abrazado y felicitado por los individuos de la Junta, que tuvieron por aquel atrevido golpe, recursos bastantes para organizar tropas y emprender nuevas operaciones.